

La economía de mercado: imaginario y fetichismo

Roberto Echevarría Marín
Departamento de Comunicación Empresarial
UPR-Río Piedras

...for a cognition is false if it does not agree with the object to which it is related even if it contains something that could well be valid of other objects

Immanuel Kant, *Critique of Pure Reason*

Resumen

En este trabajo se plantea que la economía de mercado se fetichiza para tratar de ocultar la creciente pobreza y las tensiones sociales que provoca el capitalismo en gran parte de Occidente. La intención ideológica del fetichismo consiste en tratar de inculcar la idea de que fuerzas autónomas inciden sobre los precios, los salarios y la suerte económica de los seres humanos. De esta manera se oculta el papel del capitalista en la imposición de una forma de organizar la economía que enriquece a una elite y empobrece a los demás miembros de la sociedad.

Palabras clave: Capitalismo, Neoliberalismo, Fetichismo, Marx, Pobreza, Estado, Democracia

Abstract

In this essay, it is argued that the market is fetishized as a means of hiding the responsibility of Capitalism in the growing poverty and the social tensions that it engenders in most of the Western World. The ideological intention is to instill the idea that autonomous forces influence prices, wages and the economic condition of individuals. As a result, the role of capitalists in imposing a self-serving economic structure that enriches an elite while impoverishing most people in society remains unobtrusive.

Key words: Capitalism, Neoliberalism, Fetishism, Marx, Impoverishment, The state, Democracy

Joseph E. Stiglitz, ganador del premio Nobel de Economía en 2001, desaprueba la creciente desigualdad económica en Estados Unidos. Destaca, por ejemplo, que hasta el 2012, 8 millones de familias habían perdido sus hogares; el ingreso anual neto del 1% más rico ascendía a 1.3 millones de dólares (a la vez que posee sobre una tercera parte de la riqueza del

país), mientras que el del 20% más pobre promediaba \$17,800. El estudioso destaca, además, la pérdida de poder adquisitivo de distintos grupos sociales. Entre 2005 y el 2009, la típica familia afroamericana había perdido 53% de su riqueza; la de la familia hispana se había reducido en un 66%, mientras que las familias blancas solo perdían 5%. Asimismo, señala que, hasta

marzo del 2013, 24 millones de estadounidenses no habían obtenido el trabajo a tiempo completo que buscaban. Con absoluta candidez, este economista reconoce que el llamado tercer mundo se ha instalado en territorio estadounidense:

An increasingly large number of Americans can barely meet the necessities of life. The fraction of those in poverty was 15.1 percent in 2010, up from 12.5 percent in 2007...At the very bottom, by 2011 the number of American families in *extreme poverty* ¹ living on two dollars a day per person or less, the measure of poverty used by the World Bank for developing countries – had doubled since 1996, to 1.5 million (16).

Stiglitz llama la atención sobre otros indicadores de injusticia económica y social. Uno de cada siete individuos depende del estado para satisfacer sus necesidades alimentarias, y muchos se van a dormir sin comer por lo menos una vez al mes. Una cuarta parte de los niños vive en la pobreza. Prácticamente ha desaparecido la movilidad social ascendente, pero no así la descendente.

Sin embargo, la ideología colorea la visión de este destacado economista. En su opinión, los capitalistas no son los responsables de la crisis económica (5-27). Stiglitz insiste en que el mal de fondo consiste en la ineficiencia del sistema político del estado: "... [the economic] inequality is cause and consequence of the failure of the political system, and it contributes to the instability of our economic system..." (xi). En un tono optimista, cree, sin embargo, que se puede regresar a los días de la Gran Sociedad del presidente Lyndon B. Johnson: "We can achieve a

society more in accord with our fundamental values, with more opportunity...a stronger democracy and higher living standards for most individuals" (266).

Uno podría, a la luz de la experiencia del estado de bienestar europeo, conceder que el estado ha mostrado ser capaz de proteger a los ciudadanos de la voracidad de los poseedores del capital y de garantizar un grado de justicia económica. Pero esta filosofía económica de inclusión parece ser cosa del pasado en muchos países europeos y en Estados Unidos dado que, incluso, gobiernos presuntamente progresistas como el Partido Socialista Obrero Español, el Partido Laborista, el Partido Socialista Francés y el PASOK griego han contribuido a desarticular la red de seguridad social. Con su usual perspicacia, Slavoj Žižek nos confronta con la realidad política de nuestros días:

One thing is clear: after decades of the welfare state, when cutbacks were relatively limited, and came with the promise that things would soon return to normal, we are now entering a period in which a kind of economic state emergency is becoming permanent: turning into a constant, a way of life. It brings with it the threat of far more savage austerity measures, cuts in benefits, diminishing health and education services and more precarious employment (86-87).

El optimismo de Stiglitz, por otro lado, carece de fundamento ante las particularidades del sistema político estadounidense. Como lo expresa irónicamente el *Center for Responsible Politics*: "Few things in life are more predictable than the chances of an incumbent member of the U.S. House of

Representatives winning reelection. With wide name recognition, and usually an insurmountable advantage in campaign cash, House incumbents typically have little trouble holding onto their seats....”

En Puerto Rico, según la periodista Brunymarie Velázquez de *El Nuevo Día*, aproximadamente 4,000 personas abandonan el país cada mes en busca de trabajo y mejores condiciones de vida. La tasa de desempleo supera al 15% que aduce el gobierno; el 45% de las familias vive bajo los niveles de pobreza; 1.3 millones recibe ayuda del gobierno; el 20% de la población más rica controla el 60% del ingreso.

A pesar de estos datos, la gran mayoría de los líderes políticos de Occidente evita problematizar el neoliberalismo y la democracia burguesa. Eluden así examinar la raíz de los males que asolan sus respectivas economías y cuestionar la efectividad de la limitadísima participación de la gente común en la toma de decisión de los gobiernos. Por esa razón, entre otras, y como estrategia discursiva de socialización, se fetichiza la economía de mercado. El mercado, implican sus defensores, es un ente autónomo que fluctúa a voluntad, que desplaza costos, bienes y gente sin que obre la mediación de otros seres humanos. Esa noción fantasmagórica responde a inclinaciones ideológicas, las cuales intentan invisibilizar al capitalista como génesis de la creciente pobreza y de sus consecuencias sociales, las cuales reverberan en prácticamente todo el planeta. A tono con ese imaginario, se nos inculca la idea de que la desigualdad económica surge del azar, de una fuerza social que elude el albedrío y que refleja la indolencia de la gente pobre. Por el contrario, el economista francés Thomas Piketty, quien admite no haber leído a Marx más allá del *Manifiesto comunista*, concluye en un reciente estudio que “...capitalism

automatically generates arbitrary and unsustainable inequalities that radically undermine the meritocratic values on which democratic societies are based” (1).

Esa táctica de desinformación no es nueva. En su deconstrucción de la metafísica, el filósofo alemán Immanuel Kant había expuesto el cariz fantasioso de conceptos y nociones deslindados de la experiencia concreta y de sus efectos sobre la vida de los seres humanos, a mediados del siglo XVIII: “...certain cognitions even abandon the field of all possible experiences, and seem to expand the domain of our judgments beyond all bounds of experience through concepts to which no corresponding object at all can be given in experience” (139).

Karl Marx cataloga de “fetichismo” a la adjudicación de propiedades mágicas a cosas o conceptos, las que, por naturaleza, son inanimadas o inexistentes: “En este [el mundo religioso], los productos de la mente humana parecen figuras autónomas, dotadas de vida propia, en relación unas con otras y con los hombres. Otro tanto ocurre en el mundo de las mercancías con los productos de la mano humana. A esto llamó el fetichismo...” Según Marx, el fetichismo convierte la mercancía en un elemento trascendente, a la luz de una mistificación que desnaturaliza las condiciones materiales de la que surge. Como consecuencia, los bienes de consumo, por ejemplo, asumen “...la forma fantástica de una relación entre cosas...”. En esa manifestación del fetichismo, desaparecen los trabajadores y trabajadoras, quienes producen la mercancía que enriquece a los dueños del capital, bajo condiciones onerosas. De esa forma, se pretende ocultar la explotación laboral de los que acrecientan el peculio de los capitalistas, una trata humana legitimada por las legislaturas de Occidente, quienes en la

práctica suelen operar como apéndices sociopolíticos al servicio del capital. Marx destaca así el cariz fantástico de diversos aspectos del discurso económico capitalista.

Esta variante del fetichismo pretende desplazar significados de principios políticos y económicos como justicia e igualdad, conceptos medulares del ideario marxista, y se los transfiere al neoliberalismo para adjudicarle cualidades que no puede tener, para tratar de persuadir a los muchos que vulnera y aliena la idea falsa de que el capitalismo significa progreso económico y democracia.

Así el poder pretende desarticular la oposición política que podría generar la privación y la opresión que provocan sus prácticas económicas. Como apunta Tim Dent, el fetiche no solo “refleja las ideas y las creencias” de sus adoradores, sino que además las transforma” (4). La efectividad del fetichismo se observa, por ejemplo, en la conducta electoral conservadora de gran parte del electorado europeo, estadounidense y puertorriqueño. Somos, pues, en gran medida, víctimas de lo que Kant llama “la lógica de la ilusión”: “...a sophisticated art for giving to its ignorance, indeed even to its intentional tricks, the air of truth, by imitating the method of thoroughness, which logic prescribes in general, and using its topics for the embellishment of every empty pretension” (198).

La negatividad inherente al neoliberalismo (no propicia, por ejemplo, justicia social ni una justa distribución de la riqueza.) oculta por medio del fetichismo las lágrimas, el dolor físico y anímico y la incertidumbre que siente el sujeto trabajador, frente a la indiferencia del capitalista y de las instituciones sociales. Estas son las expresiones concretas de los desplazamientos sociales y humanos y las

tensiones que provoca el neoliberalismo, los cuales exponen la naturaleza depredadora del capital, característica medular que niega el fetichismo.

Su especificidad permite apreciar particularidades ideológicas que revelan una inherente inhumanidad que imposibilita la inmediatez de la justicia social, y que, al desdoblarse en un imaginario religioso, lleva al capitalista a venderse las indulgencias a sí mismo y a remitir la felicidad de los pobres al ámbito trascendente y dócil del paraíso cristiano. Construye así una estética de la conformidad que pretende encauzar una renuncia popular a la justicia social. Se erige, por tanto, el fetichismo como plenipotenciario, como diría Theodore Adorno en otro contexto, de la autoconservación del capital. Y es que, como subrayan Gilles Deleuze y Félix Guattari, “Language is made not to be believed but to be obeyed, and to compel obedience” (76). Aun así, la realidad persiste en interpelarnos; de ahí su potencial transgresor y revolucionario. De hecho, la premisa de Adorno sobre el arte y la realidad es extensiva a la relación entre el fetiche y los seres humanos: “...what is unreal and nonexistent...is not independent of reality. It is not arbitrarily posited...it is structured by proportions between what exists, proportions that are themselves defined by what exists, its deficiency, distress and contradictoriness as well as its potentialities...” (7).

El fetichismo de las mercancías evidencia su poder social, por ejemplo, en la difusión masiva del emblemático logo de Nike. En ese símbolo global se inscribe poder adquisitivo, estatus social e inclusión en la economía de mercado. Además, en alguna medida, pregona una existencia de éxito. El logo, elemento socializador que traza pautas de conducta, se torna en un

elemento activo que contribuye a configurar la identidad del consumidor. Esa imposición conductual muestra su dominio mediante la efectividad con que desarticula el albedrío del individuo y le induce a comprar lo que “está de moda” o lo socialmente aceptable. Siendo así, la mercancía que selecciona el individuo no responde a las necesidades reales sino a sofisticadas campañas de mercadeo. De esta manera, el individuo legitima el poder del fetiche, capaz de tornar un individuo racional en uno compulsivo, que adquiere artículos “de marca” que conllevan presunta movilidad social y prestigio.

Lo fetichizado, por tanto, despliega una autoridad que emana del imaginario que promueve el capital y sus apéndices sociales. Como bien afirma Kant, no podemos conocer la cosa en sí, sino las formas en que intuimos o representamos lo suprasensible. Es decir, no podemos conocer al zapato deportivo en sí; pero podemos distinguir los materiales de los que está hecho. En esta pretensión de conocer lo incognoscible se instala el fetichismo: “Now through mere relations no thing in itself is cognized; it is therefore right to judge that since nothing is given to us through outer sense except mere representations of relation, outer sense can also contain in its representation only the relation of an object to the subject, and not that which is internal to the object in itself” (189).

Por su parte, Jean Baudrillard acentúa el efecto deshumanizador del fetiche: “The fetish becomes...a representative of the power of the object to determine the subject, to reverse causality” (Dent 15). Las prácticas sociales fetichistas, diría Baudrillard, suponen un “orden moral” favorable al capital. Algún aspecto de la sexualidad de los seres humanos, por ejemplo, podría configurar delito, pero no

así la explotación laboral (13). El engranaje del fetichismo presume la regularidad y la perpetuidad de las conductas sociales y políticas tradicionales. Una actitud apolítica se exalta como la apoteosis del buen ciudadano, del cumplimiento pulcro de los deberes del individuo. Cumple así el fetiche con su función ideológica. El escritor británico W.H. Auden ha satirizado esa desmovilización ciudadana en su célebre poema “The unknown citizen”:

...Coinciden los informes de
conducta en que era,
en el moderno sentido de la palabra,
un santo.

.....
En todo lo que hizo, sirvió a la
sociedad.

.....
Los de la Prensa afirman que
compraba un diario cada día
y reaccionaba ante los anuncios con
total normalidad.

.....
Nuestros especialistas en Opinión
Pública celebran
que siempre tuvo ideas adecuadas a
la época del año;
con paz, la defendía; en guerra,
se alistaba.

¿Fue libre? ¿Fue feliz? La pregunta es absurda. De haber ido algo mal, lo habríamos sabido. El aspecto panóptico del fetiche se concreta en que, dice Baudrillard, “...el hombre no está liberado más que como utilizador [del] objeto” (17). En ese plano, el mercado neoliberal se torna en fetiche que homogeniza, que excluye otras propuestas de organizar la economía. El capitalismo, por tanto, no significa conflicto social sino estabilidad económica y felicidad; se pregona a sí mismo como el único camino que posibilita una vida libre de sufrimiento y privación. Es decir, la

burguesía impone los significados que conviene a sus intereses de clase. A fin de cuentas, la fantasmagoría del fetiche, como afirma Baudrillard en otro contexto, “[constituye] el objeto de una manipulación mental” (42). El discurso de los sujetos subalternos se difumina, se torna ineficaz ante la avasalladora lógica espectral del capital, o como dice Baudrillard: “El hombre se vuelve menos coherente que sus objetos. Estos últimos lo preceden, en cierta manera, en la organización del ambiente, y, por consiguiente, imponen sus conductas” (55). Su influjo oblitera la otredad y nos convierte en espectadores, ajenos al devenir de la historia.

El fetichismo pretende eximir de responsabilidad a individuos poderosos que vulneran los derechos más elementales de los trabajadores; gente que vampiriza el planeta, a la vez que lo va convirtiendo en nocivo para la vida. El grupo de defensa de los derechos humanos, Global Exchange llama la atención sobre algunas de estas conductas criminales. Entre otros, le exigen cuentas a Shell/Royal Dutch Petroleum por dañar la vida y el hábitat del Delta Níger mediante la desposesión, el empobrecimiento y el asesinato (en complicidad con los militares) de pueblos indígenas que conviven en el Delta. Condena a Nike por su política de explotación laboral descarnada; en abril de 2013, se reveló que esta multinacional sostiene relación de negocios con Daewoo International, responsable del acoso, encarcelamiento y tortura de trabajadores en Uzbekistán. Denuncia, asimismo, que Nestlé lleva a cabo campañas engañosas para inducir a madres lactantes a comprar su basura química y que la transnacional permanece pasiva ante la explotación de niños en los campos de cacao de Costa de Marfil. Según expresara UNICEF en enero del 2012, medio millón de niños trabaja en

estos campos, virtuales esclavos que suplen 40% del cacao que se consume en el mundo.

Fiona Ranford, de UK Feminista, grupo británico activista en favor de los derechos humanos de la mujer, ha revelado que las fábricas de ropa de Bangladesh que suplen a Nike, Adidas y Puma violan impunemente los derechos de sus empleados. Todos trabajaban 60 horas semanales; 5 de 6 fábricas visitadas ni siquiera pagan el salario mínimo. Las trabajadoras constituyen el 85% de la matrícula. A 1 de cada 10 se le amenaza con la posibilidad de que tenga que desvestirse y sufre acoso sexual. A muchas otras no se les reconoce derechos de maternidad o se les despiden al momento de conocerse su embarazo.

La organización Human Rights Watch ha descubierto que niños y niñas son explotados en fincas de hojas de tabaco. Muchos son hijos de inmigrantes hispanos, quienes suelen trabajar con sus padres y otros familiares para tratar de costear necesidades básicas. Sus horas de trabajo oscilan de 10 a 16 horas al día. Esta organización confirma que el mundo dantesco que describe el poeta británico William Blake en “The Chimney Sweeper”, no solo aún existe; peor aún: existe en Estados Unidos: “Children working on tobacco farms in the United States are exposed to nicotine, toxic pesticides, and other dangers. Child tobacco workers often labor 50 or 60 hours a week in extreme heat, use dangerous tools and machinery, lift heavy loads, and climb into the rafters of barns several stories tall, risking serious injuries and falls.”

La lista es interminable, pero nos basta para ejemplificar la explotación y la represión que se oculta tras el fetichismo de la economía de mercado. El capital, por tanto, tiene el poder de convertir el trabajo

asalariado en uno de esclavitud implícita; una relación desigual en la que no se reconoce la voz de ese Otro que crea riqueza mientras se hunde en la miseria.

Más aun, la circularidad del capital recalca en mercancía de mayor valor, la cual supera la cantidad de dinero invertido, lo que contrasta con la existencia precaria de los trabajadores, con su decreciente calidad de vida. O como señala Piketty: “The problem is that the price system knows neither limits nor morality” (6). Marx califica de fetichismo la idea del capital que genera intereses, discurso de reificación que supone que el dinero se crea a sí mismo, ajeno a las condiciones materiales que contextualizan las transacciones financieras. Las cosas y no los individuos, dice Marx, son los que se relacionan entre sí: “The social relation is consummated as a relation of things (money, commodities) to themselves”.

El petróleo es la única mercancía que sube de precio cuando disminuye la demanda. Si en tiempos de bonanza económica o recesiones, en tardes soleadas o huracanadas, el petróleo sube de precio es porque personas con poder económico están manipulando los precios. Ante lo sofisticado de este robo organizado, como lo calificaría Frantz Fanon, las doctrinas de Paul Samuelson y Milton Friedman resultan irrelevantes. ¿Cómo nos estafan? Manipulan los precios mediante la compra y venta hipotética de productos y acciones. Según la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, se venden 30 barriles de petróleo, cuya producción se concretaría en algún momento futuro, por cada barril producido. Esto es un ejemplo de lo que llaman “derivados financieros.” Esta disparidad entre el petróleo que existe y el que no existe permite que los capitalistas especulen y manipulen los precios de ese

bien de consumo. De hecho, en junio del 2011, Goldman Sachs admitió que al menos \$27.00 del precio por barril vigente en ese momento era producto de la especulación. Más aun, estudios académicos del Peterson Institute (antiguo Instituto para la Economía Internacional) y del James Baker Institute coinciden en concluir que actores ajenos al mundo de los negocios han comenzado a dominar el mercado y a subir los precios.

Como se ha implicado, el fetichismo traslada la mercancía al ámbito de la metafísica. El discurso economicista, apéndice intelectual del poder, con sus notables excepciones, ha contribuido a inculcar la idea de que el valor surge de la propia mercancía, una mistificación que tiene como resultado, entre otros, desvincular el valor de uso del valor de cambio. No se percibe el hecho de que el valor de la mesa, por ejemplo, surge de las condiciones materiales del trabajo. Estas se encubren, afirma Marx, “...tras las aparentes fluctuaciones en los valores relativos de las mercancías”. Un comentarista de Marx equipara esa invisibilidad al hecho de que cuando vemos a una persona, no vemos a un homo habilis.

El fetichismo, afirma Michel Foucault en *The Archaeology of Knowledge*, legitima una poderosa estructura vertical, desde la que se enuncia un discurso monofónico (4). Su unilateralidad pregona el fin de la historia; devenir que se congela en el tiempo y en el espacio, atemporalidad de la depredación del sujeto subalterno. Los signos semióticos negativos quedan en suspenso; modelos económicos alternos quedan fuera del horizonte; contraponer una ideología económica al capitalismo supone el ostracismo, actitud antipatriótica propia de elementos desafectos de la sociedad. Como apunta Foucault: “As if we were afraid to conceive of the Other in the time of our own thought” (12).

El carácter ahistórico de las representaciones discursivas del neoliberalismo difumina la red de poder, las jerarquías económicas y políticas que pulverizan la democracia y la convierten en un ejercicio paródico que refuerza la desigualdad y el empobrecimiento, concepto del “estatus quo” que se autorrepresenta como inmune al desarrollo histórico de las relaciones sociales que se suscitan en su seno.

Por lo tanto, a la luz de la tradición eurocéntrica filosófica que se nos ha impuesto con la incursión pirata de Cristóbal Colón, lo binario se contrapone para definir un concepto. Así, por ejemplo, el neoliberalismo se define como la apoteosis de la libertad, la democracia y la iniciativa individual. Como resultado, y a la luz de esa definición, el socialismo se representa como lo opuesto: tiránico, autocrático y retrógrado. Parafraseando a Edward Said en su comentario sobre la geografía imaginada, el fetichismo del discurso neoliberal trata de legitimar un vocabulario, un “universo de discursos representativos”, deslindados de las experiencias materiales y concretas de los individuos que sufren en carne viva la privación y la exclusión (71). Estos discursos del poder, recalca Foucault, cristalizan la esencialidad: “...the search for a total history, in which all the differences of a society might be reduced to a single form...to the establishment of a system of values, to a coherent type of civilization” (13). La plusvalía y las estadísticas que evidencian la decreciente calidad de vida de vastos sectores de la humanidad se ignoran, a menos que se usen para proponer la ausencia del esfuerzo individual que posibilita acceso al “American Dream”.

Muchos recuerdan las obras de José Saramago y de Harold Pinter, ganadores del Nobel de Literatura en 1998 y en 2005 respectivamente, pero no sus discursos de

aceptación del galardón. Sobre las condiciones de vida, Saramago se refiere a “... aquella misma hermandad de condenados de la tierra a que pertenecieron mi abuelo Jerónimo y mi abuela Josefa, campesinos rudos obligados a alquilar la fuerza de los brazos a cambio de un salario y de condiciones de trabajo que sólo merecerían el nombre de infames.” El dramaturgo británico Harold Pinter, por su parte, acusó al poder de accionar su engranaje para mantener a la gente ignorante, aun de su propia realidad: “En realidad el lenguaje se está empleando para impedir el pensamiento. La expresión ‘el pueblo americano’ proporciona un almohadón de tranquilidad auténticamente voluptuoso. No necesitas pensar. Simplemente échate en el almohadón. Puede que el almohadón esté ahogándote la inteligencia y la capacidad crítica, pero es muy cómodo.” Estas son las realidades y las experiencias palpables que el fetichismo intenta ocultar.

Lo fantasmagórico del fetichismo integra elementos incongruentes que presumen tener una coherencia de la que carecen. Como bien implica Foucault, ese discurso del poder sobre la economía neoliberal transpira un espacio de deseo, el deseo de que la normalidad que propicia su afluencia y su posición privilegiada en la sociedad permanezca inalterada. Estos elementos incongruentes no alteran la unidad del discurso; por el contrario, constituyen, como dice Foucault, sus elementos formativos (68).

Antonio Negri describe la fantasmagoría del fetiche con crudeza: “A specter is the movement of an abstraction of value which, in a bloodless movement, vampirizes all of the worker’s labor and, transforming itself into surplus, becomes capital...” (7) Su poder, dice Negri, transluce en la

experiencia cotidiana de lo político, específicamente en la estigmatización del marxismo, la sacralización del llamado libre mercado, “la colonización de la conciencia” que generan los medios de comunicación y en lo vacío del término “democracia”.

La presunta muerte del marxismo, opina Warren Montag, resulta aún más problemática para el capital, por cuanto el fantasma de Marx ha regresado sin la tara de entelequias burocráticas que se edificaron en su nombre. Se dirige a las personas del mundo desde un ámbito que desconocen: la transparencia ética: “[Marxism] tells of crimes and horrors and of the criminals who are the kings of our world” (72). La caída del Muro de Berlín, señala Aijaz Ahmad, desembocó en “...a period not of enhanced liberty but of far more brutal regimes of accumulation, and of resurgent racism and Fascisms” (96).

Como corolario de esa realidad que comentan estos pensadores, los ideólogos del capital pretenden, subraya Frederic Jameson, que se adore la economía de mercado en calidad de oráculo: “Market ideology assures us that human beings make a mess of it when they try to control their destinies (“socialism is impossible”) and that we are fortunate in possessing an interpersonal mechanism -the market- which can substitute for human hubris and planning and replace human decisions altogether” (273).

Marx expresa que la prepotencia de los objetos sobre los seres humanos encuentra expresión única en el capitalismo. En el ideario marxista, la “desmitificación” no consiste en un ejercicio retórico que ignore la realidad material, sino que requiere subvertir las relaciones sociales que solapa el fetichismo. Un orden de justicia económica remite al hecho concreto de la igualdad entre los miembros de la sociedad.

Es la injusticia y la desposesión la que necesita el ropaje, la investidura metafísica de la explotación del ser humano por su prójimo.

Evo Morales, presidente de Bolivia, anunció en el 2014 que la economía del país creció en un 6%, lo que garantiza “el doble aguinaldo” para todos los bolivianos. El mandatario le adjudica el crecimiento a la nacionalización de los hidrocarburos en 2006. “La democratización de la economía”, ha dicho el señor presidente, es su norte. Ese debe ser el norte de todas las sociedades verdaderamente civilizadas.

Referencias

- Adorno, T. *Aesthetic Theory*. Trans. Robert Hullot-Kentor. Minneapolis: University of Minneapolis Press, 1977. Impreso.
- Auden, W.H. “El ciudadano desconocido.” Fundación para la libertad. Fundación para la libertad, 4 Sept. 2004. Web.
- Ahmad, Aijaz. “Reconciling Derrida: ‘Specters of Marx’ and Deconstructive Politics”. *Ghostly Demarcations: A Symposium on Jacques Derrida’s Specters of Marx*. Ed. Michael Sprinker. New York: Verso, 1999. Impreso.
- Baker, Peter. *Deconstruction and the Ethical Turn*. Gainesville: University Press of Florida, 1995. Impreso.
- Baudrillard, Jean. *El Sistema de los objetos*. Trans. Francisco González Aramburu. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 1969. Impreso.
- Billig, Michael. “Commodity Fetishism and Repression: Reflections on Marx, Freud and the Psychology of Consumer Capitalism”. *Theory Psychology*. 9.3. (1989): 313-328. Web.
- “Reelection Rates over the Years.” *Center for Responsive Politics*. n.d. Web.
- Dant, Tim. “Fetishism and the social value of objects”. *Sociological Review* 44.3 (1996): 495-516. Web.

Foucault, Michel. *The Archaeology of Knowledge*. Trans. A.M. Sheridan Smith. New York: Pantheon Books, 1972. Impreso.

Fredric, Jameson. *Postmodernism or, the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991. Impreso.

Kant, Immanuel. *Critique of Pure Reason*. Trans. Paul Guyer, Allen W. Wood. New York: Cambridge University Press, 1999. Impreso.

Macherey, Pierre. "Marx Dematerialized, or the Spirit of Derrida". *Ghostly Demarcations: A Symposium on Jacques Derrida's Specters of Marx*. New York: Verso, 1999. Impreso.

Marx, Karl. *El Capital*. Archivo Chile. Centro Estudios Miguel Enríquez, 1999-2006. Web.

Montag, Warren. "Spirits Armed and Unarmed: Derrida's *Specters of Marx*". *Ghostly Demarcations: A Symposium on Jacques Derrida's Specters of Marx*. New York: Verso, 1999. Impreso.

Negri, Antonio. "The Specter's Smile". *Ghostly Demarcations: A Symposium on Jacques Derrida's Specters of Marx*. New York: Verso, 1999. Impreso.

Piketty, Thomas. *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2014. Impreso.

Said, Edward. *Orientalism*. New York: Vintage Books, 1979. Impreso.

"Tobacco's Hidden Children: Hazardous Child Labor in United States Tobacco Farming." *Human Rights Watch*. Human Rights Watch, n.p., May 2014. Web.

Žižek, Slavoj. "A Permanent Economic Emergency". *New Left Review* 64, July-August 2010.

Stiglitz, Joseph E. *The Price of Inequality*. New York: W.W. Norton & Company, 2012. Impreso.

Velázquez, Brunymarie. "Plantean medidas para frenar el éxodo boricua." *El Nuevo Día*. El Nuevo Día, 27 Jan 2013. Web.